

notzin, viéndose acosado por todas partes, se vió precisado á recurrir á la fuga para salvar la vida; pero era ya tarde cuando tomó esta resolucion. Los enemigos le habian cortado todas las salidas, y el valiente jóven no encontrando donde refugiarse, cayó muerto en medio de un diluvio de piedras que lanzaron sobre él.

Digno de impercedera memoria es el nombre del príncipe Cihuacuecuenotzin, víctima de la lealtad del caballero y del esclarecido patriota. Pocos hechos registra la historia, en sus mas honrosas páginas, que superen en nobleza y dignidad al que inmortalizará siempre la grandeza de alma del vasallo que supo sacrificarse por su rey en la desgracia; por el bien de su patria en el peligro.

La noticia de la muerte dada al enviado del destronado rey de Acolhuacan y de la crítica situacion en que éste se encontraba, fué comunicada inmediatamente por los tepanecas, que habian presenciado el hecho, al señor de Acolman, hijo de Tezozomoc. Pronto puso en conocimiento de su ambicioso padre la noticia, felicitándole por aquel acontecimiento.

El rey de Azcapozalco, tratando de sacar provecho de las favorables circunstancias que le brindaban poder y grandeza á su ambicion, concertó con los señores de Otompan y de Chalco, que eran sus mas adictos compañeros, la manera de acabar de una vez con el destronado rey.

1410. El plan se arregló y se puso en planta sin  
Es asesinado el rey de Acolhuacan. pérdida de momento.

Los señores de Chalco y de Otompan, que eran los que mas próximos se hallaban al sitio en que se habia refugiado el monarca de Acolhuacan, debian con sus

tropas sorprender y capturar á este último. Ambos magnates hicieron salir de noche y con gran sigilo, suficientes tropas que las situaron, sin que nadie se apercibiese de ello, en un monte vecino, próximo al que ocupaba el monarca destronado. Hecho esto, enviaron dos capitanes, notables por su arrojo, al campamento del monarca de Acolhuacan, fingiendo una comision que tenia por objeto un arreglo; pero cuyo verdadero intento era alejar al rey de sus tropas, y llevarle, entreteniéndole en la conversacion, hasta un sitio próximo á donde estaba la emboscada. El plan salió de la manera que se habia esperado al concebirlo. Los dos capitanes fueron admitidos á la presencia de Ixtlilxochitl, que se hallaba entonces en las inmediaciones de Tlaxcala. Sagaces y de talento, se manifestaron con dolidos de la suerte á que las circunstancias le habian conducido, y le prometieron que influirian en que las diferencias terminasen de una manera digna. Pocos instantes despues, y al ver que el rey les escuchaba con notable interés y complacencia, manifestaron deseo de dar un paseo por la campiña, que brindaba con su frescura á recorrer su esmaltado suelo, durante el cual podrian convenir en lo que debia hacerse para un arreglo conveniente á todos. Ixtlilxochitl se apresuró á complacerles; y los tres, animados en la conversacion, se fueron alejando lentamente del sitio en que se hallaban las tropas del último. Asi caminaron hasta un punto bastante retirado, y entonces los dos capitanes se lanzaron de improviso sobre el confiado rey, quitándole la vida á la vista de sus mismas tropas, aunque á distancia conveniente de ellas. Los jefes y soldados, indignados de aquella infame traicion, volaron á apode-

rarse de los malvados; pero inmediatamente se vieron acometidos, por todas partes, por el ejército que los jefes rebeldes tenían emboscado.

Los sorprendidos y leales vasallos del desgraciado Ixtlilxochitl, alentados por su hijo el príncipe Nezahualcoyotl, jóven dotado de relevantes prendas, lucharon con denuedo por largo rato; pero acosados por todas partes, apenas pudieron recoger y salvar el cádaver de su desventurado monarca.

El príncipe Nezahualcoyotl, perseguido de cerca por numerosos enemigos, por en medio de los cuales se abrió paso con sus armas, se vió precisado á esconderse en unos espesos matorrales para no caer en manos de sus perseguidores.

Los leales servidores del asesinado monarca celebraron las exequias de su soberano profundamente conmovidos, y depositaron sus cenizas en un sitio seguro, donde reposasen hasta que la escena política se presentase menos borrascosa para su familia.

El trágico fin del rey Ixtlilxochitl, acaecido en 1410, fué sentido por todos los hombres rectos de la nacion y llenó de duelo el corazon de los buenos vasallos.

Ixtlilxochitl dejó varios hijos; pero el que mas sobresalía por sus recomendables prendas, por su ingenio y por su noble carácter, fué Nezahualcoyotl, que era el heredero de la corona, tenido en su matrimonio con Matlaleihuatzin, hija de Acamapitzin, primer rey de Méjico, con la cual se unió cuando aun era príncipe.

La trágica muerte del monarca de Acolhuacan, acaecida á los siete años de haber subido al trono, acabó de dar el

triunfo á los rebeldes. Tezozomoc envió inmediatamente considerables fuerzas sobre las ciudades de Texcoco, Huexotla, Coatlichan, Iztapalcoan y Coatepec que se habian mantenido adictas al rey acolhua, con órden de que entregasen á las llamas toda poblacion que hiciese resistencia. Las mujeres, los niños y los ancianos, toda la gente, en fin, que no estaba en disposicion de tomar las armas, se internaron en los montes y buscaron un lugar de refugio entre los huexotzingos y los tlaxcaltecas; pero todos los hombres útiles se prepararon al combate y lucharon con heróico esfuerzo por su patria. Al fin fueron vencidos los leales; mejor dicho, murieron casi todos en defensa de lo que mas amaban; pero hicieron pagar bien cara la victoria á sus contrarios, que vieron caer en la lucha millares de sus compañeros.

Alcanzado el triunfo completo y sometidos los pueblos que combatieron por su soberano, el ambicioso Tezozomoc pasó á Texcoco, y se hizo proclamar, con toda pompa, rey de Acolhuacan. Para satisfacer las aspiraciones de los que le habian auxiliado en la empresa, distribuyó entre ellos las dignidades y el mando de ciertos pueblos. A Chimalpopoca, rey de Méjico, le dió en feudo la ciudad de Texcoco, la de Huexotla á Tlacateotl, rey de Tlatelolco, y el gobierno de otros varios puntos lo confió á diversos magnates que se habian distinguido.

La ceremonia se celebró con toda pompa, y en ella se declaró que, en lo sucesivo, Azcapozalco seria la capital de todo el reino de Acolhuacan.

Varios individuos de alta importancia del partido opuesto al triunfante asistieron, disfrazados, á la cere-

monia. Entre aquellos individuos se hallaba el mismo príncipe Nezahualcoyotl, que miraba con indignacion ocupar á un cruel usurpador el trono de donde la traicion habia arrojado á su excelente padre.

La indignacion y la cólera se veian pintadas en los semblantes de los adictos al gobierno derrocado, lo mismo que en el de Nezahualcoyotl; pero la prudencia exigia que se reprimiesen los afectos del alma, y todos tuvieron suficiente fortaleza para sobreponerse á su ira.

Por su parte, los adictos al nuevo orden de cosas y algunos que comercian con la adulacion de los que suben al poder, trataron de excitar al pueblo para que prorumpiese en gritos contra los príncipes de la dinastía caida, y aun salieron algunas voces en aquel sentido. Al escucharlas, el general mejicano Itzcoatl, hermano del rey Chimalpopoca, que habia contribuido en gran parte al triunfo de la revolucion con las tropas auxiliares mejicanas, subió al templo en que la raza tolteca tenia sus divinidades, y con voz clara y enérgica, pronunció un breve, pero eficaz discurso, que escuchó atenta y con respeto la multitud.

Aquel personaje mejicano, teniendo presente que el príncipe Nezahualcoyotl era hijo de la princesa mejicana Matlalzihuatzin, hija del primer rey de Méjico, trató de evitar que se cometiese acto ninguno de persecucion contra él. En su corta alocucion, despues de pedir en alta voz á los chichimecas, á los colhuas y al pueblo entero que le escuchasen, les dijo que nadie osase hacer el mas leve daño al bondadoso Nezahualcoyotl, ni permitiese que ningun otro se lo hiciera si no queria exponerse á sufrir un riguroso castigo.

La amenaza, hecha en los términos mas enérgicos por un personaje que acababa de distinguirse en la guerra, produjo un feliz resultado. Nadie quiso atraerse el enojo de un personaje cuya nacion empezaba ya á inspirar respeto, y Nezahualcoyotl se libró así de ser el blanco de la persecucion de sus contrarios.

El usurpador Tezozomoc, queriendo captarse el aprecio de los vencidos, concedió indulto general y permiso de volver á sus casas á los que habian combatido contra él.

Muchos nobles y personas principales que habian emigrado á Tlaxcala y Huexotzinco para salvarse del furor de los soldados tepanecas, se reunieron en un sitio próximo á Texcoco, llamado Papalotla, con el fin de tratar si debian aprovecharse del indulto, acogiéndose á él, ó si continuarían sufriendo los males de la emigracion. La resolucion unánime fué optar por lo primero, y todos volvieron á sus casas y al seno de sus familias, reconociendo por sus señores á los nuevos que el usurpador Tezozomoc habia nombrado, y prestándoles obediencia.